

# TAVERA VISTO POR DOS GENIOS



Tenemos dentro de la primera sala, según se pasa a la izquierda de la Exposición de Carlos V, tres retratos. Quizá no muy admirados por los visitantes que han desfilado por delante. Yo lo he podido observar.

Estos retratos, que jamás se han visto juntos, constituyen una gran lección para todos aquellos amantes de la buena pintura, y para los que gusten de saborear dibujo, color y forma. El primero es el Beato Juan de Avila, donde el Greco nos muestra su gran dominio del oficio, sin misticismos, sin exageraciones extravagantes, o mejor dicho, sin deformaciones de las que él era tan gran maestro. Mirando esa tranquila cabeza y esa mano al pecho, con la que se sujeta el manto negro, uno piensa en tanta tinta como se ha gastado diciendo tonterías, por muchos de los que se han tenido por grandes concedores del Arte. Porque aquí nos muestra claramente que el Greco pintaba como quería, con un dominio absoluto de la forma, del color. Nos lo prueba en el detalle de esa mano. Esa mano que está sencillamente pintada, y no se puede decir más: *pintada*. Con grueso de color, con pincelada suelta y medida: ya no se puede llegar a más, ni a menos.

Ya al lado, hacia el centro, otro gran retrato. El de Tavera. Aquí tenemos que pensar. Porque estamos ante... sencillamente ante el maestro de maestros, ante

el Greco. Este retrato del Cardenal Tavera, que posiblemente sea una de las obras más finas y delicadas que sus pinceles pintaran, está aquí centrando este millonario tríptico, como un símbolo en carmín, como un lirio rojo, como una sombra recortada sobre ese fondo negro tan querido del maestro. Aquí el pintor debió dormirse con los pinceles en la mano y soñar con los colores, la forma y el dibujo. Y así, en un profundo soñar, logró retratar a este gran Cardenal. De otra forma no es posible que se pueda hacer un retrato como este.

El tercero es también Tavera y está pintado, cosa rara, por el gran Berruguete. He aquí el motivo de estas líneas. Un mismo personaje visto por dos grandes genios.

Es cosa rara que Berruguete dejara las gubias a un lado para tomar los pinceles, pero quizá el cariño a su gran protector, le indujera a ello. También es posible que fuera una idea relámpago; una idea de esas que entran tan aprisa en los rincones del cerebro, que empujan a todos los nervios del cuerpo a ejecutar de forma rápida. Y digo esto porque no esperó a comprar un pedazo de lienzo donde pintarlo, sino que tomando un pedazo de mármol o pizarra que tenía a mano, ejecutó la idea. La idea de inmortalizarlo como fuera. Ya lo había hecho en el sepulcro para su capilla, pero se ve que quería más, y, entonces es cuando, ya tembloroso el pulso del golpeo de la maceta y la gradina contra el mármol, agarra los pinceles y sobre la frialdad de la piedra va poniendo colores y va dando forma. Se ve que no tiene carmín para pintarlo en rojo, y lo pinta en blanco, como si fuera un monaguillo cualquiera. Pero la mano maestra, acostumbrada a dominar el duro mármol, domina también la pintura. Y aquí tenemos el retrato del Cardenal Tavera pintado por aquellas manos temblorosas del anciano Berruguete, junto al del Greco.

Y ahora yo me pregunto: ¿cuál de los dos es mejor? ¡Ah! Esto es cosa de pensarlo. La pregunta es comprometida. Los dos son diferentes en color, en dibujo y en forma. Uno se evapora hacia el cielo —a lo divino—, y el otro se baja a las profundidades de la tierra, como despojo. Uno es todo cuerpo; el otro es todo llama. Uno es materia, y el otro es alma. Los dos están aquí juntos. ¿Para qué se han puesto así? Quizá haya sido sin intención y sin darse cuenta de que se están bragando las fuerzas de los dos tiranes sobre una misma pizarra.

GUERRERO MALAGÓN